

El Eco de Cartagena

Decano de la Prensa de la Provincia



Subscripción.—En la Península: Un mes, 1'50 pts.—Tres meses, 4'50 id.—En el Extranjero: Tres meses, 10 id.—Número suelto, 0'65 cts.—La subscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—No se devuelven los originales.

Condiciones.—El pago se hará siempre adelantado y en metálico, ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, Mr. A. Lorette, 14, rue Rougemont; Mr. John F. Jones, 31 Faubourg Montmartre.

La correspondencia al Administrador

Cómo debiera ser la enseñanza

Sobre este asunto siempre interesante, ha celebrado una entrevista con el señor Rodríguez Carracedo un redactor de «La Correspondencia de España», y de las manifestaciones del distinguido catedrático de la Facultad de Farmacia de la Universidad Central reproducimos los siguientes fragmentos:

«Todos dicen que la reorganización de nuestra cultura debe partir y limitarse primero á la instrucción primaria, y luego, y una vez sobre la marcha de estas reformas, acudir á la enseñanza universitaria.»

Yo juzgo sin quitarle por eso importancia á la instrucción primaria, que es mucho más perentoria la reorganización pedagógica, en lo que se refiere á la alta ciencia, pues ésta es la que da el prestigio intelectual á las naciones. Es verdad que hay millones de analfabetos, y esto es muy lamentable; pero lo es mucho más la carencia de personalidades científicas.

Hasta tal punto estoy convencido de esta afirmación, que juzgo el valor de cada personalidad científica que invade ó pasa al extranjero, igual por lo menos, á uno de los mejores acorazados.

Sucede con los estudios científicos algo de lo que pasa con las albas. Se compran brillantes y perlas, más para deslumbrar á los semejantes, que por la utilidad que estas albas representan.

Y, sin embargo, la cultura, la ciencia, debe apreciarse sólo como herramienta para la vida.

«Cómo se ha de formar la fé en la ciencia para hacerla práctica? Dando leyes, reglamentos y medios para que la enseñanza sea positiva, de hechos y realidades.»

Hay que tener en cuenta una cosa sumamente importante; el criterio, el juicio de una nación no se forma en las muchedumbres, sino entre los hombres de alta ciencia. Poco podría importarnos que las masas extranjeras nos juzgaran mal, si los sabios de esos países los grandes en inteligencia soberana de las grandezas dijeran: «No, los españoles son pocos menos que inviolables, porque su trabajo, su labor á ello les ha hecho acreedores.» Pero si las muchedumbres, por simpatía, nos juzgan bien y los científicos nos tratan con desdén, no tar-

daremos en desaparecer al menos como nación civilizada.

Además, existiendo en una nación «opinión sabia», esa nación será grande, porque aun siendo los ministros mediocres, aquella opinión no sólo impondrá su criterio de «sabiduría», sino que además desarrollará «sabiduría» su vida. Bismark no fué un talento prodigioso; pero tuvo sentido práctico, recogió los anhelos de la «opinión sabia», y ésta los desarrolló. El resultado fué la enorme fuerza científica y material de Alemania.

«¿...?—Los medios para llegar á formar verdaderas personalidades científicas, serían sencillamente las selecciones «honradas y valientes» de los profesores y la formación con ellos de una entidad de altos estudios; claro está que dando á la vez á estos catedráticos todos los medios materiales necesarios, relacionados con el profesor, el trabajo y el número de estudiantes.

Los medios referentes al profesor se refieren sobre todo al sueldo, y los del trabajo al considerable aumento del material científico.

En cuanto al número de escolares, juzgo precisa una aclaración á mi idea: no es que yo crea que todos los españoles deban educarse para sabios, sino aquellos que «honradamente» se distinguieran por sus condiciones de inteligencia, amor al estudio y constancia en el trabajo.

La reunión de ayer

Es indudable que la reunión celebrada ayer en el Ayuntamiento por iniciativa del alcalde señor Carrion, puede tener una finalidad altamente beneficiosa para los intereses morales y materiales de Cartagena, si todos deponen el amor propio y el egoísmo de partido y de grupo y hasta de personalidades, que aquí va entronizándose.

Claro es que en estas corrientes de armonía tan convenientes, tan necesarias para la vida de este pueblo, hemos de poner nuestro modestísimo grano de arena, procurando que esas corrientes, no se corten y por el contrario se afirmen y sostengan por mucho tiempo.

Respondiendo El Eco á las excitaciones que hicieron á la prensa los señores Carrion, Maestre, García Vaso y Pérez Lurbe, ha de estar, como ha estado siempre al la-

do de los que se interesan por el bien de Cartagena y como primera prueba de nuestro propósito y después de leer en nuestros colegas «La Tierra» y «La Mañana» el relato de lo ocurrido en la reunión de ayer, renunciamos á hacerla nosotros, remitiendo á nuestros lectores á que se enteren de la discusión por dichos diarios.

El fondo de todo lo discutido es bueno. Los acuerdos adoptados prácticos y convenientes y por nuestra parte aplaudimos con toda sinceridad y lealmente el objeto y la finalidad de la reunión.

Hacemos votos porque cesen de una vez las luchas que á nada conducen y que los apasionamientos y hostilidades se conviertan en actos de franca simpatía y de cordialidad.

Y sobre todo que presida la verdad.

España y Francia

«El País» de hoy se hace eco de los rumores que circulan dando como cierto que Francia iniciará la penetración de Marruecos por el sur y obligando á España á que lo haga por el norte.

Añade á este propósito que el relevo de León y Castillo de la embajada de París, obedece á la oposición de Canalejas á repetir la aventura de año pasado, suscitando la temporalmente en la embajada.

León y Castillo cuenta con las simpatías de Francia.

Añade que la acción se efectúa con la simpatía de Francia á cambio de que se le ceda Tánger.

También es probable que Alemania ayude á la acción por mar en unión de Inglaterra, á cambio de que se le conceda Mogador ó Mazagen.

Estado de Maura

De Palma de Mallorca telegrafían que, según noticias de Alquería, á las ocho de la mañana de hoy le fueron levantados los vendajes al Sr. Maura, por los médicos que le asisten.

Estos encontraron las heridas con aspecto de franca cicatrización.

El estado del Sr. Maura es satisfactorio.

Tanto es así que hablando con sus parientes dijo: «Ni yo mismo se ya donde tengo las heridas.»

El Sr. Maura ha querido redactar por su propio puño algunos telegramas, entre ellos, las contestaciones al rey de España y á la reina doña Amelia de Portugal.

Rápida

(o)

Un año hace hoy que en el llamado «Barranco del Lobo» de los campos de Mejía, tuvo lugar un encarnizado combate en el que perecieron infinidad de españoles.

Nuestros valerosos soldados, trepando por aquellas accidentadas pendientes, se defendieron heroicamente de la sorpresa que las kábilas marroquíes habían preparado al ejército español, parapetadas entre las insinuidades de aquel morabé y barranco, y heridos mortalmente, caían á tierra con el grito de: «¡Viva España!»

Al recordar tan triste fecha deber es de todo buen patriota dedicar un recuerdo á aquellos, nuestros hermanos, que en defensa del pabellón español murieron en el campo marroquí, y elevar por sus almas una oración.

Recemos por ellos.

J. Mateo.

EL ECO DE CARTAGENA se vende en Madrid en el kiosko de la calle de Alcalá, frente á la Presidencia del Consejo de Ministros.

Cuento literario

ALMA QUE MUERE

Escrito expresamente para El Eco.

El Sol; el astro Rey; la lámpara maravillosa del Universo estaba próxima á terminar su carrera diaria, y en el caso de su existencia de aquel día primavera, se ocultaba magistralmente tras las gigantescas montañas que le servían de refugio en su carrera cotidiana.

Los campos faltos de claridad ante la pérdida de sus preciosos rayos de oro, vistáronse de opacos resplandores y una brisa leve y suave movió á los sembrados en un movimiento de oleaje produciendo sonidos que eco armonioso, de lejána música.

Diríase que la vega fértil y frodosa al entrar en la penumbra, se convertía en una serie de infinitos lagos, cuya aromosa brisa al penetrar en los pulmones los cargaba de savia vegetal, haciéndolos más provechosos. Y en aquel atardecer de Paraíso sublimé y encantador, el silencio profundo alguna que otra vez se interrumpía por el canto vibrante y sonoro de templado mozo, que tras las penosas fatigas del trabajo regresaba de retiros parajes hacia su hogar, en busca de descanso á su cansado cuerpo.

La casa cortijera esbelta gentil y blanquecina se destacaba en el horizonte rojiza de la puesta de Sol; y entre jazmineros, rosales y aieles, su gallarda planta la mostraba con magestuosidad de ninfa esbelta.

Y tras de la ventana de la casa, en la que la Naturaleza había hecho obra de arte tapizando sus enroscados hierros de trepadoras enredaderas de campanillas multicolores, se vislumbraba todos los atardeceres al crepúsculo, la sin par hermosura de morena hembra, siempre melancólica como sintiendo la nostalgia de pasados tiempos, en que algún partorcillo trovador entonara canciones amorosas á compás de su armoniosa cítara.

La Naturaleza, espléndida de vida, se desbordaba con exuberancias de verdor y los naranjales y limoneros cargados de azahares, prestaban al ambiente una suntuosidad de virgen casta.

La oscuridad fué acentuándose, y una ataradora negra envió la vega en toda su extensión y luego... al asomar la luna su luz de color de fuego, fué inundando el prado, á medida que avanzaba en un cielo de color azul purísimo, de claridad y destellos de plata.

El contacto acariciador de la luz diáfana, titilaron con síntomas de esmeraldas y sobre la superficie de los arroyuelos que vertiginosos caminaban hacia cauces mayores donde sus vidas fueron más espléndidas, rió la luna.

En las fuentes, ya no saltaba el agua murmurando al correr por los pñones; á lo lejos, la campana de la ermita, tocaba á oración y ya los ruiseñores y gigueros que poco antes cantaban en los árboles y por entre los cañaverales, habían cesado sus alegres cánticos quitando la alegría al paisaje.

Y tras la ventana, veíase aún á la niña, triste; pensativa; llorosa; desolándose su cabeza sobre humilde almohada, cual las pálidas violetas que descansan sobre el aterciopelado musgo; sintiendo añoranzas de tiem-

pos pasados; evocando el recuerdo de un amor que pasó como ráfaga de huracán devastador, dejando amorosas heridas incurables, y en medio de aquella espantosa soledad, sentía el acariciador perfume de las flores y el mismo tiempo que los naranjos próximos cabeceaban impensados por el viento, como queriendo distraer la mirada de la niña, y prestar consuelo al corazón de aquel inocente ser.

Y esperó; esperó mucho tiempo, un día y otro día; una noche y otra noche, pero esperó en vano al pastorcillo amoroso que siempre canciones cantaba al compás de su melodiosa cítara... y ella, pensando que acaso se convirtió en ingrato el que en otro tiempo la pintó un amor eterno lleno de duras, enfermó; enfermó, y ya no fué la morena hembra que de sus ojos saliera el fuego sagrado del amor, ni se ostentaba á frescura ni la flexibilidad juncal de palmeas, ni en su temperamento existía ninguna actividad; pero sí su corazón palpitaba con desenfreno de caballo desbocado, á impulso de fiebre traidora que desmoronaba su cuerpo, otras veces gentil y arrogante.

Apenas sus músculos obedecían á su voluntad; por su cuerpo circulaba la sangre con gran lentitud; el aire, se negaba á entrar en su debili pecho, y todo su organismo anunciaba un fatal desenlace.

De vez en cuando, el monótono chocar de las ramas se oía á lo lejos, y las radiantes luces de las luciérnagas, colocadas caprichosamente sobre las enredaderas de campanillas, atamboraban la carita pálida y melancólica de la enamorada.

Llegó el invierno; los campos ya no estaban cuajados de verdoros, ni en las enredaderas había campanillas ni en los naranjos y limoneros azahares; los rayos del Sol ya no caldeaban la tierra, quejan un helor de tumba se sentía; los árboles habían perdido sus hojas y aún cuando si veían la casa cortijera, pero ya no la mostraba su gallarda planta entre jazmineros, rosales y aieles; parecía como que todo había muerto con él alma de la morena hembra, que tras los enroscados hierros de las ventanas, en otro tiempo tapizados de trepadoras enredaderas, pasaba las horas entregada á sus recuerdos de amor.

Recalde y Sánchez.

Cartagena.

no general, creía conocerlo y lo estimaba. No así Sarto; pero yo había aprendido ya que éste sólo estaba satisfecho cuando él mismo lo hacía todo, y que á menudo lo impulsaba, más que el deber, un sentimiento de rivalidad.

La situación era tan crítica que Sarto y Tarlein no me bastaban para dominarla, pues ambos tenían que acompañarme á Zenda y necesitaba una persona segura que velase por lo que yo amaba más en el mundo y me permitiese dedicarme con ánimo tranquilo á la empresa de libertar al rey.

El general me recibió con afectuosa lealtad. Le hice confidencias parciales, le encomendé la guardia de la princesa y, mirándole fija y significativamente, le ordené que no permitiese á ningún emisorio del duque acercarse á Flavia, como no fuese en su presencia y en la de una docena de nuestros amigos, por lo menos.

«Quizás no se engañe V. M.—dijo moviendo tristemente la encanecida cabeza.—A hombres que vallan más que el duque los he visto hacer peores cosas por amor.

Yo más que nadie podía apreciar el valor de aquellas palabras, y dije:

«Pero hay en todo esto algo más que amor, general. El amor puede satisfacer su corazón. Pero ¿no necesita y procura algo más para saciar la ambición que le devora?»

ble en este caso, porque puede despertar sospechas y aun hacer creer que la orden no procede del rey.

«General—exclamé sonriéndome.—¿de qué sirven los cañones de Estrelsau si con ellos no puede disiparse una mera sospecha?»

Tomó el documento en sus manos, sonriéndose á su vez de la ocurrencia mía.

«El coronel Sarto y Federico de Tarlein me acompañarán—continuó.

«¿Va V. M. á ver al duque?—preguntó en voz baja.

«Sí, al duque y á otra persona á quien necesito ver y que se halla en Zenda.

«Quisiera poder ir con V. M.—dijo retorciendo el blanco bigote. Quisiera hacer algo por el rey y su corona.

«Aquí le dejo á usted algo más precioso que la vida y la corona—le dije;—y lo hago porque en toda Ruritania no hay hombre que más merezca mi confianza.

«Le devolveré á V. M. la princesa sana y salva, y si esto no es posible la haré reina.

Nos separamos, regresé á palacio y dije á Sarto y á Tarlein lo que acababa de hacer. Sarto refunfuñó algo, pero lo esperaba, y en definitiva dió su aprobación á mi plan, animándose á medida que

—continuó.—quizás llegue un día en que oiga usted revelaciones inesperadas concernientes al hombre que en este momento le dirige la palabra. Cualquiera que sean, ¿qué opina usted de la conducta de ese hombre desde el día en que fué proclamado rey en Estrelsau?»

El anciano, estrechando mi mano, me habló de hombre á hombre.

«He conocido á muchos Eisberg—dijo.—Y suceda lo que quiera, usted se ha portado como buen rey y como un valiente; y también como el más galante caballero de todos ellos.

«Sea ese mi epitafio—dijo—el día en que otro ocupe el trono de Ruritania.

«Lejano esté ese día y no viva yo para verlo—exclamó Estrakeaz, contraídas las facciones.

Ambos nos hallábamos profundamente conmovidos. Me sentí para leer el decreto que debía de entregarle y dije:

«Apenas puedo escribir; la herida del dedo me impide todavía moverlo.

Era aquella la primera vez que me arriesgaba á escribir, á excepción de mi nombre, y á pesar de mis esfuerzos que había hecho para imitar la letra del rey, distaba mucho de la perfección.

«La verdad es, señor—observó el general;—que este carácter de letra se diferencia bastante del que todos conocemos. Circunstancia deplora-